

# La tragedia de Nicaragua de 1856- 1925

Entre 1856 y 1925, el país conoció una relativa calma política, la economía se vió modificada, en particular en lo relacionado con los medios de comunicación y en la producción cafetalera. La sociedad cambió poco a pesar de una pequeña inmigración que no alteró el orden tradicional. En lo cultural, cabe señalar la obra de Rubén Darío; y el impulso que se dió a la enseñanza a partir de 1870.

Los generales Máximo Jerez y Tomás Martínez concluyeron un pacto en virtud del cual Martínez asumió la presidencia en 1857. Al año siguiente se proclamó una nueva Constitución que estaría en vigor hasta en 1893. Las pretensiones de Martínez a conservar el poder más tiempo del debido, creó un clima de inestabilidad, hasta en 1867 al dejar éste el mando.

A Martínez sucedió Don Fernando Guzmán. En 1869, Jerez y Martínez cayeron sobre León. Se formó un gobierno y hubo combates sangrientos en occidente, un armisticio puso fin a la lucha.

En 1871, Don Vicente Cuadra fue electo presidente. Después vinieron Don Pedro Joaquín Chamorro (1875-79), General Joaquín Zavala, (1879-83), Adán Cárdenas (1883-1887), Don Evaristo Carazo, (1887-murió en el poder), Doctor Roberto Sacasa, electo en 1891. Contra éste último estalló la revolución liberal dirigida por el General José Santos Zelaya, quien entró triunfante a Managua en 1893. Era el fin del periodo de los treinta años en que la oligarquía granadina, había controlado el país, introduciendo algunas mejoras técnicas, al país.

José Santos Zelaya, gobernó de 1893 a 1909, le sucedió José Madriz, quien estuvo en el cargo del 23 de diciembre de 1909, al 28 de agosto de 1910. Madriz le entregó la presidencia a Juan J. Estrada, quien convocó a una Asamblea Constituyente, por órdenes del gobierno norteamericano de donde salieron electos el mismo Estrada como presidente y don Adolfo Díaz, incondicional de los norteamericanos como vice presidente.

Estrada gobernó de 1910 al 9 de octubre de 1911, obligado a renunciar, asumió al poder Adolfo Díaz, quien gobernó con apoyo norteamericano en forma inestable. Sangrientos levantamientos y las hostilidades estuvieron a la orden del día, destacándose los generales: Emiliano Chamorro, Benjamín Zeledón y Luis Mena. El "pelele" Díaz concluyó su período en 1917, gracias a las presiones a su favor del pacto Dayson, pero obligado a cumplir la vergonzosa Nota Knox, además del Tratado Chamorro Bryan. En 1917 subió al poder Emiliano Chamorro, caracterizándose su administración de relativa calma. Le sucedió Diego Manuel Chamorro, quien ascendió al poder en 1921, muriendo en el ejercicio de sus funciones en 1923, concluyó el período de don Diego, don Bartolomé Martínez, quien pensando en su frustrada reelección. Apoyó al conservador Carlos Solórzano, para que éste le permitiese volver al poder en el siguiente período. Solór-

zano fue electo en 1925, llevando como segundo al liberal Juan Bautista Sacasa. Este gobierno libero-conservador originó las más sangrientas y dolorosas revoluciones, en la que volvió la ocupación norteamericana, para hacer nacer la rebeldía del General Augusto C. Sandino.

## Relato de cómo Sandino entró a la política

Augusto César Sandino nació en Niquinohomo. La población compuesta en su casi totalidad de gente trabajadora, que tiene que levantarse muy temprano a sus labores, dormía desde las nueve. Las calles estaban desiertas, y el alumbrado escaso. Mi viejo amigo el Bachiller y Joaquín Calonje y yo estábamos sentados cómodamente en el corredor de la Comandancia, él fumando su pipa y yo mi cigarrillo. Conversábamos lentamente, haciendo recuerdos de nuestra juventud bluefileña, por mientras nos daba sueño y retirarnos a dormir. Eramos compañeros de cuarto en la Comandancia.

De pronto se nos aproximó un hombre, desconocido para nosotros. Nos saludó con un "buenas noches" tímido y nos habló:

-Vengo de Río Grande, de hablar con el General Moncada. Llegué desde México para incorporarme al Ejército, pero el General Moncada no me permitió servir. Algunos me aconsejaron venirme a Puerto Cabezas para entrevistarme con el Presidente Sacasa, La Presidencial está cerrada. Parece que todos están durmiendo y no quise golpear la puerta. No tengo dónde pasar la noche y me han dicho que tal vez en la Comandancia me podrían dar alojamiento. Me llamo Augusto César Sandino.

El Bachiller Calonje y yo cambiamos impresiones. Había que ayudar al correligionario que llegaba de tan lejos.

Nos levantamos del asiento y los tres nos fuimos donde el Doctor Hildebrando Castellón, jefe de la Cruz Roja, y le solicitamos un catrecito de campaña, que nos cedió; seguidamente caminamos donde Pina Samayoa, amiga nuestra y dueña de una próspera cantina, y le suplicamos nos prestara un mosquitero, que amablemente suplió. Nos regresamos a la Comandancia, y, en el cuarto que Calonje y yo compartíamos, le arreglamos la dormida al viajero. Yo le presté sábanas y almohada.

A la mañana siguiente, Sandino se fue al baño. Yo le facilité toalla, jabón, máquina y crema de afeitar y pasta dentrífica. Lo único que él tenía era cepillo para dientes.

Cuando Sandino estuvo listo para acompañarnos al desayuno, pude observarlo mejor.

Estaba impecable en el vestir, desde el sombrero tejano de fino fieltro hasta sus botas altas de cuero café oscuro, cuidadosamente bien lustradas, estilo de montar. La camisa de poplín color kaki pálido y pantalón militar de corduroy, de kaki más subido. Los dientes limpios y brillantes. Las uñas limpias. Fajaba una "45" en elegante bolsa y un pañuelo de seda roja alrededor del cuello, a manera de corbata. Pequeño de estatura, reservado y serio. Voz suave y sin hacer ademanes al



Augusto César Sandino

hablar. Después nos dimos cuenta que no fumaba, no tomaba licor ni buscaba mujeres.

En la casita de los Barrancos, donde tomábamos nuestros alimentos, lo presentamos a nuestro jefe inmediato, Doctor Onofre Sandoval, y a su inseparable compañero Doctor Leónidas Segundo Mena Castillo.

Sandino le explicó al Doctor Sandoval lo que le ocurría y lo agradecido que estaba con Calonje y conmigo por las atenciones que le habíamos brindado. Declaró que le parecía conveniente preparar una columna que operara en las Segovias; que él quería jefear esa columna, pero que el General Moncada no había querido ayudarlo, y no sabía, pues, qué hacer. Narró que conocía muy bien el ataque de guerrillas, por haber andado con Pancho Villa en México; que tal vez en Puerto Cabezas podría organizar un grupo de voluntarios que le acompañaran; que tenía la más absoluta seguridad de hacer un buen papel revolucionario en las montañas segovianas, donde todavía no habíamos iniciado ningún movimiento.

El Doctor Sandoval le manifestó que no había armas disponibles; que solamente unos 25 rifles, pero en mal estado, y que, si bien le gustaba la idea de una expedición en las Segovias, por el momento se hacía difícil habilitarla.

-Yo soy mecánico -dijo Sandino-. Si me deja ver los rifles, tal vez pueda componerlos.

-Muy bien -contestó el Doctor Sandoval-. Después del desayuno iremos a inspeccionarlos.

Los rifles estaban, francamente, en muy mal estado. Unos sin culata, otros sin gatillos, maltratadas las miras y otros casi ensarrados. A mi juicio, nada se podía hacer con ellos, pero Sandino, con tenacidad, se mostró esperanzado.

-Si me los da, Doctor, y yo encontrare dónde repararlos, creo que los podría utilizar.

-Son suyos agregó el Doctor Sandoval-. Vamos ahora al Taller de Mecánica de la compañía (Bargman's Bluff Lumber Company) y le presentaré allí a un amigo que le dé un lugarcito y le preste las herramientas.

Creo que Sandino pasó como diez o quince días en el taller de mecánica dedicado al trabajo, hasta que puso los rifles en perfectas condiciones. ¡Sabía su oficio el hombre! El Doctor Sandoval le consiguió que el General Eliseo Duarte, jefe del Cuartel de Bilway, 25 tiros para cada rifle. En el interm, Sandino procuró enganchar su gente, a juzgar por la rapidez que se empuñaron esas armas cuando estuvieron listas. Se despidió de nosotros y se fue con sus hombres rumbo al Cabo Gracias a Dios, para de allí seguir río arriba del Coco o Segovia.

Sandino logró lo que intentaba. Poco a poco se fue posesionando de caseríos y pequeños pueblos, desalojando a los soldados del Gobierno de facto, tomándoles las armas y aumentando su columna. Logró ser jefe respetado y querido. Sus operaciones contribuían muy bien al éxito de la revolución, y su nombre pasó a ser ampliamente conocido en la guerra. Se había abierto camino triunfante nuestro desconocido a quien dimos hospitali-

dad en nuestro cuartucho de la Comandancia de Puerto Cabezas.

Así las cosas, llegó el día de la célebre entrevista del Coronel Stimson con el General Moncada bajo la sombra del Espino Negro en Tipitapa, en la que el Generalísimo y su Estado Mayor convinieron en deponer las armas a base de elecciones libres y super-vigiladas por el gobierno americano. Podemos asegurar que sandino manifestó estar de acuerdo, pero puso la evasiva de que le era indispensable ir a su campamento de las Segovias para avisar a su gente lo que se había resuelto. Empero, no regresó el guerrillero. Conservó las armas y siguió por su propia cuenta la lucha, pretextando que combatiría mientras los marinos permanecieran en suelo nicaragüense.

La actitud de Sandino disgustó al General Moncada y a los demás jefes. Estaba procediendo en forma imprudente y peligrosa. Además, el país estaba cansado de la guerra y ya no había razón para continuarla.

¿Obró el General sandino por propia iniciativa, o fueron otros los que le aconsejaron e influyeron decididamente en su ánimo? No lo sabemos a ciencia cierta, porque desde que salió de Puerto Cabezas no le volvimos a encontrar para conversar con él y conocer de viva voz sus razones. Lo cierto es que el sector de las Segovias se incendió la hoguera con mayor intensidad. Los marinos americanos recibieron órdenes de acabar con Sandino y su tropa, y les perseguían con tenacidad. Los habitantes de las Segovias vivían amenazados en sus vidas y en sus propiedades, por dos frentes: las fuerzas del General Sandino y la de los marinos, convirtiendo aquella rica zona en una especie de infierno.

Las elecciones libres y supervigiladas -las primeras, y únicas tal vez, de tan perfecta limpieza que registra la historia-, favorecieron al Partido Liberal, y el General José María Moncada asumió la Presidencia de la República. Todos pensábamos que se había llegado el momento de terminar con la trágica y angustiada situación de las Segovias; pero, infortunadamente, no ocurrió así.

La noticia de que "Sandino combatía contra los americanos en Nicaragua" traspasó las fronteras, y la pluma romántica y privilegiada de Froylán Turcios, desde Tegucigalpa, le convirtió en un héroe y patriota ante la conciencia mundial. La prensa de nuestro Continente, y de otras latitudes, elogiaban constantemente a Sandino. En el extranjero se hacían reuniones públicas en su honor y se recaudaban fondos para ayudarlo. La causa de Sandino estaba catalogada como noble; había que solidarizarse con el hombre, ciudadano de una nación débil, que con un puñado de valientes peleaba para desalojar a las poderosas fuerzas extranjeras que groseramente ocupaban su país. Sandino recibía esos periódicos, revistas y hojas sueltas, y parte del dinero. No cabe duda que se sintió halagado y se envalentonó hasta lo indecible. Insistió en el retiro total de los marinos, declarando que de lo contrario seguiría la guerra hasta morir o vencer.

Continuará...

